



# ADMIRABLE HISTORIA del Rey Casimiro de Irlanda, de la Princesa Enriqueta su hija, y los dos Principes sus pretendientes.

## PRIMERA PARTE,

**H**a del supremo palacio,  
donde con luces perennes  
y con lucidos ardores  
al sol nacimiento ofrecen;  
ha del anchuroso espacio,  
donde sus luces ardientes,  
dando al orbe claridades,  
dan vigor à los vivientes:  
ha en fin del terrestre globo,  
à quien la esfera celeste  
con tachonados diamantes  
hace pavellon luciente:  
oid el mayor prodigio,  
la historia mas eminente,

que con su trompa dorada  
la fama en ecos previenes  
y así, voy à dar principio,  
mi vez silencio previene.  
En el horcospo infausto,  
en los años mas crueles,  
quando indignados los cielos  
por nuestras culpas rebeldes,  
y en fin, por la que Rodrigo  
cometió atrevidamente,  
permitió que el Agareno  
à nuestra España la infeste,  
poblando de medias lunas  
las ciudades eminentes:

en

en aqueste infeliz tiempo,  
reynaba gloriosamente  
en la poderosa Isla  
que mas la fama engrandece,  
Irlanda en fin, cuyo nombre  
es su alabanza luciente,  
el mas poderoso rey  
que los anales contienen,  
Casimiro, tronco excelso  
de los Batorios valientes.  
En aqueste tiempo mismo  
residian igualmente  
en aquesta misma corte  
dos principes excelentes,  
iguales en la nobleza  
y en estados diferentes:  
uno era el gran Sigismundo,  
que de Moncada laureles  
por Conde de Barcelona  
coronan sus nobles sienas;  
el otro era Don Enrico  
Esforcia, tronco luciente,  
que por Duque de Milan  
le aclaman gloriosamente.  
Estos dos principes grandes  
le asistian comunmente  
al grande rey Casimiro  
en sus despachos prudentes.  
Tenia el rey una hija,  
que es de la hermosura Fenix,  
única dueña y señora  
de quanto Irlanda contiene,  
con que de toda la Europa  
muchos principes pretenden  
de Enriqueta la hermosura,  
que es el nombre que ella tiene;  
mas vulgarmente la llaman,  
mirando sus esquivaces,  
la hermosa Dafne de Irlanda,  
pues tan esquivada se ofrece

à embaxadas y retratos  
y à los consejos prudentes  
del grande rey Casimiro,  
cuya prudencia lo siente.  
Sigismundo y Don Enrico  
ámbos iguales padecen,  
pretendiendo cada uno  
triunfar de sus esquivaces.  
En fin, con las persuasiones  
y rendimientos corteses  
del español Sigismundo  
se derrió aquella nieve,  
que en el pecho de Enriqueta  
tan constante se mantiene,  
y una vez ya derretida,  
prendió la llama en lo debil:  
prendose en fin de su gala,  
y el rapaz Cupido ardiente  
mirando al blanco, le tira  
una flecha de tal suerte,  
que el que era cristal elado  
se ve mongibélo ardersc.  
El Duque Enrico à este tiempo  
padezia mil desdenes,  
y como los despreciados  
buscan soledades siempre,  
del palacio en los jardines  
estaba entre unos laureles  
su desgracia lamentando,  
quando al mismo tiempo viene  
la Princesa y Sigismundo,  
y recatandose, advierte  
que la Princesa le dice  
al Conde de aquesta suerte:  
ya Conde mio, has triunfado  
de mis nobles altiveces,  
y asi rendida à tu gala  
no avrá cosa que no intente  
para esta noche te aguardo  
al pie de una hermosa fuente.  
Se

Se despidió el Conde ufano,  
fuese la Princesa alegre,  
salió el Duque del retiro,  
considerando en su mente,  
cómo pudiera lograr  
lo que la ocasión le ofrece;  
y en fin trazó allá en su idea  
lo que diré brevemente.  
Fue al noble rey Casimiro,  
y le dice de esta suerte:  
alto y poderoso Rey,  
haz lo que mi voz te adviertes  
à Sigismundo Moncada  
al punto esta noche prende,  
que conviene à tu corona,  
y al Conde tambien conviene.  
Admirado quedó el Rey;  
pero no obstante prudente  
al capitán de la guardia  
mandó que en secreto fuese,  
y que dentro de su quarto  
al Conde heroyco prendiese.  
Executóse al instante,  
y el Duque à este tiempo fuese,  
y apenas tendió Latona  
sus obscuras lobreguezes,  
baxó al jardín la Princesa,  
esperando que viniese  
el dueño que su alma adora,  
y de esperar impaciente,  
como ignoraba la causa,  
se congoxa tristemente.  
Pues en este tiempo el Duque  
traydora y fingidamente  
entró en el jardín, mostrando  
ser el Conde, y brevemente  
engañada la Princesa  
en sus gozos y deleytes,  
en el jardín de las flores  
gozó el Duque la mas fertil,

Y apenas el alva hermosa  
dió noticia de que viene  
el sol con sus claros rayos,  
se despidieron corteses  
aquella inocente rosa  
y aquel Sinon mas alevés;  
y al despedirse le dice  
la Princesa de esta suerte:  
ya, Conde mio y señor,  
que dueño del alma eres,  
este diamante confirme  
nuestro amor eternamente;  
dióle un anillo costoso,  
que el Duque guardó imprudente.  
Salió Febo con sus rayos,  
desterrando los tapetes  
de las sombras de Latona,  
y el Rey cuidadoso siempre,  
mandó que llamen al Duque,  
el qual luego al punto viene,  
y le pregunta la causa  
de que al Conde le prendiesen.  
El le dixo, que sabia  
cierto indubitablemente,  
que el Conde avia aplazado  
un desafio, y que este  
avia sido el motivo  
de decir que le prendiese,  
y que ya su Magestad  
podia dar libremente  
libertad, pues su cuidado  
todo ajustado lo tiene.  
Al instante mandó el Rey,  
que al Conde libertad diesen,  
el qual estaba confuso,  
y mas que todo impaciente,  
de ver que avia perdido  
la ocasión que amor le ofrece.  
Vino à palacio, y el Rey  
le recibió atentamente;

declarándole la causa  
de su prision imprudente.  
A este tiempo la Princesa  
salió cuidadosa à verle,  
y à solas le dice: dueño  
de mi alma, dí qué tienes,  
que parece que tu rostro  
muestras de pesar contiene?  
Ya pues que anoche logramos  
nuestros cariños ardientes,  
no eclipses con tu tristeza  
los rayos que el alma adquiere.  
El la responde: señora,  
qué dices, que no te entiende  
mi cuidado? di, qué noche  
ò qué camino previenes?  
Asustada la Princesa  
le dice: traydor aleve,  
pues ya tan presto te olvidas  
de la obligacion que tienes?  
examinaras mis furias,  
como ingrato è insolente.  
Fuese afrentada y corrida,  
y el Conde quedó de suerte,  
sin saber lo que le pasa,  
que en confusiones parece,  
no sabe qué medio dar;  
pero en efecto resuelve  
el retirarse à su Estado,

donde marchó brevemente,  
sin que el Rey, por mas que hizo  
esta partida impidiese.  
El Duque à este mismo tiempo  
pidiendo licencia, fuese  
à Milán, donde le dexo,  
por contar lo que sucede  
al Conde, que à Barcelona  
llegó, donde de su plebe,  
de nobles y de señores  
fue recibido igualmente;  
y dentro de pocos dias  
trató sus bodas alegre  
con la hija del Almirante,  
encanto de los vivientes,  
cuyo nombre era Rosaura,  
y en paz gustosa y alegre  
vivió cerca de ocho años  
de himenéo en lazo fuerte.  
Tuvo de esta dulce union  
un hijo, que me parece,  
que Adonis pintó lo bello,  
con que sus amores crecen.  
Dexemos esta union dulce  
entre cariños fervientes,  
y en otra segunda parte  
el Poeta dar pretende  
nuevas de toda la historia  
al auditorio prudente.

F I N.

## SEGUNDA PARTE, EN LA QUE SE PROSIGUE la historia del Rey Casimiro de Irlanda, la Princesa Enriqueta su hija, y los dos Principes sus pretendientes.

**P**ues prometí à mi auditorio,  
que en esta segunda parte  
remataria la historia,  
atencion, pues que ya saben,  
que dexé casado al Conde  
de Barcelona arrogante  
Sigismundo con Rosaura,  
que era hija del Almirante,  
teniendo tambien gustosos  
un hermosísimo infante,  
cuyo nombre es Filisberto,  
siendo en hermosura un Angel.  
Dexémoslos entre dichas  
gozando felicidades,  
y vamos à Irlanda, donde  
de su Princesa tan grande  
era el dolor y la pena,  
que no bastan à aliviarle  
ni músicas ni festines,  
saráo, toros ni bayles,  
antes se aumentan sus penas,  
al paso que la persuaden;  
y de su engaño llevada,  
contra el Conde tanto esparce  
sus iras, que busca modos  
con que pudiese vengarse.  
Fingió en efecto una carta  
del Rey de Irlanda su padre,  
en que al Conde le decía,  
que à su reyno luego pase,  
que ha menester su persona  
para una consulta grande.  
El Conde recibe el pliego,  
y luego al instante hace  
prevenciones muy costosas,  
disponiendo su viage.  
Llevó consigo à su esposa,

y al hermosísimo infante  
quiso llevar, y estorvólo  
el amor del Almirante  
su abuelo, no permitiendo  
que Filisberto se embarque,  
porque el corazon leal  
anuncia fatalidades.  
Llegó en fin el Conde à Irlanda,  
gozoso de su viage,  
donde fue bien recibido  
del Rey y todos sus grandes,  
admirando de Rosaura  
su belleza y prendas grandes.  
Llévanlo en fin à palacio,  
donde la Princesa sale,  
y asi que vido à Rosaura,  
parece que en fuego arde,  
y el corazon sofocado  
no tuvo fuerzas bastantes  
para resistir la llama  
que dentro su pecho arde,  
y de un fatal accidente  
cayó rendida al instante.  
Alborotóse la corte,  
las señoras y los grandes:  
lleváronla al fin al lecho,  
y con medicinas grandes,  
con bebidas y reparos,  
que sábios médicos hacen,  
bolvió en sí; mas tan confusa,  
y con ansias tan mortales,  
que puso temor su vida  
à todos los circunstantes.  
Mandó que se fuesen todos,  
y que quede el Rey su padre,  
que à solas quiere decirle  
la causa de sus pesares.

A los dos los dexan solos,  
y enternecido su padre  
le dice: querida hija,  
qué dolores te combaten?  
qué pena à tu corazon  
tanto affige, que nos hace  
à todos temer tu vida?  
dímela, que en breve instante,  
aunque sea un imposible,  
vencerá mi amor constante.  
Ella responde: señor,  
escuchame como padre,  
no me escuches como Rey,  
que tu mucho amor me hace,  
confiada en tu cariño,  
que contigo me decláre.  
El Conde, señor, el Conde  
de Barcelona inconstante,  
quando en Irlanda aquel tiempo  
era tu segundo atlante,  
con la palabra de esposo  
gozó entre felicidades  
mi casto honor, desluciendo  
mis pundonores reales:  
huyó el traydor tanta deuda,  
y ahora por mas pesares  
ha buuelto à Irlanda casado:  
esta pena me combate;  
no siendo el Conde mi esposo,  
no tienen vado mis males.  
Esto dixo, y Casimiro  
quedó en confusion norable;  
no le responde à su hija,  
sino del quarto se sale,  
sin saber lo que le pasa;  
pero con prudencia grande  
dos ancianos consejeros  
suyos llamó, y les dió parte  
de su pena y su dolor,  
pidiendo le aconsejasen.  
Despues de varios juicios  
lo que de consulta sale,

es que en su quarto al momento  
al Conde le aprisionasen;  
y el Rey le escriba una carta,  
diciendo razones tales:  
si matáis Conde, à Rosaura,  
os coronareis triunfantes;  
si no, serán las dos vidas  
de mis rigores exámen:  
y pues no ignorais la causa,  
aquesto que os digo baste.  
Executóse lo dicho,  
leyó el Conde sus pesares,  
miraba à su dulce esposa  
y en lágrimas se de hace.  
Y viendo Rosaura al Conde  
entre congoxas tan grandes,  
le dice: dueño y señor,  
qué tristezas te combaten?  
qué pena pudo alterar  
tu corazon de diamante?  
Viendo que no le responde,  
al punto el papel léase:  
leyó los breves renglones,  
y sin que se demudase,  
le dice: dueño querido,  
no entendí yo que alterase  
vuestro altivo corazon  
cosa que tan poco vale.  
No digo yo aquesta vida,  
pero porque os coronasen,  
dos mil vidas que tuviera,  
las diera luego al instante.  
É hincándose de rodillas,  
le dice: qué aguardas? pase  
esa espada aqueste pecho,  
y vive en felicidades;  
goce la Princesa hermosa  
vuestros cariños afables.  
Ay Elisberto del alma,  
quién bastará à consolarte?  
en el corazon te llevo.  
Y estando en aqueste lance,

llegó la guardia del Rey,  
con orden de que llevasen  
à Rosaura, y la vistiesen  
en traje de hombre al instante,  
y en una pequeña barca  
à las olas la entregasen,  
sin velas, timon, ni xarcia,  
porque las ondas triunfassen  
de aquella inocente vida:  
rigor en extremo grande!  
Y el Conde sobresaltado  
de tan crueles azares,  
con un mortal accidente  
en tierra cayó al instante.  
Asi estuvo doce horas,  
bolvió en sí, mas con tan grande  
frenesí, que no bastaron  
las medicinas suaves.  
En fin, tenido por loco,  
era irrisión por las calles,  
de toda la injusta plebe,  
siendo su tema constanter  
yo no gocé à la Princesa;  
mal muera quien lo tal hace  
Dexémoslo en su desdicha,  
mientras que paso à dar parte  
de que Rosaura en la barca,  
sin temer à los combates  
de las olas ni los vientos,  
surca los salóbres mares.  
Por disposicion divina  
permitió Dios, que llegase  
à unas riberas, adonde  
andaba à caza arrogante  
el gran Duque de Milán,  
que viendo el prodigio grande,  
mandó recoger la barca,  
donde hallando al joven, hace,  
que reparen su fortuna,  
y luego à la corte marchen:  
y asi que estuvo en la corte,  
que à su presencia la traen,

la pregunta, que quién era?  
de qué patria, ò de qué parte?  
y con cautela Rosaura  
le dice razones tales:  
yo, señor, soy español  
de Barcelona la grande,  
mi padre era capitán  
que gobernaba una nave,  
à Irlanda ibamos, y en medio  
de aquesos salóbres mares  
se levantó una barrasca,  
y entre fieros uracanes  
todos perdieron las vidas,  
menos yo, que las piedades  
de los cielos en el bote  
quisieron que me escapáse.  
Y aficionado à su gracia,  
le mandó que se quedase  
en su servicio unos dias  
por su secretario ò page.  
Quedóse, y en poco tiempo  
ganó su gracia constanter,  
tanto, que de sus secretos  
era el archivo agradable.  
Un dia que estaban solos  
le dixo el Duque: muy grande  
fue la amistad, que en Irlanda  
tuve con el Conde afable  
de Barcelona, y despues  
de amor un extraño lance  
nuestra amistad dividió,  
bien que estuvo de mi parte  
la cautela y el engaño,  
que aun hasta oy no se sabe.  
Contóle en fin à Rosaura  
con razones muy cabales,  
como gozó à la Princesa  
la noche que dixé antes,  
fingiendo de que era el Conde,  
y que le dió aquel diamante.  
Alabóselo Rosaura,  
y él se lo ofreció galantes:

tomó Rosaura el anillo  
muy gustosa en esta parte  
y dentro de pocos días  
fingió carta de su madre,  
en que le embia à llamar:  
pidió licencia al instante,  
y aunque el Duque lo sintió,  
no fue posible negarle.  
Se embarcó: donde la dexó,  
por decir que el Almirante,  
teniendo la infausta nueva,  
mandó prevenir sus naves,  
y en fin con treinta mil hombres  
à Irlanda partió à vengarse.  
Temió Irlanda su poder,  
y luego al punto dió parte  
el Rey Casimiro al Duque  
de Milán, que le ayudase.  
Vino el Duque, y convinieron  
en que al Conde le entregasen  
à Filisberto su hijo,  
que es general que trae  
esta poderosa armada  
por orden del Almirante.  
Recogen en fin al Conde,  
que anda por aquellas calles  
loco perdido, y le entregan,  
diciendo, que él solo pague,  
por ser él solo la causa  
de tan crecidos pesares.  
Metieron al pobre Conde  
entre prisiones muy grandes:  
en este tiempo Rosaura  
llegó à Barcelona, y sabe  
de la armada la partida,  
y marchó à Irlanda al instante.  
Llegó al campo de su hijo,  
y una esquadra vigilante,  
discurriendo que era espía,  
la prendieron al instante.  
Metieronla con el Conde,  
y quando vido en la cárcel

entre hierros y prisiones  
y entre tan grandes pesares  
al dueño que su alma adora,  
hechos sus ojos dos mares,  
le hechó los brazos al cuello,  
y se descubrió al instante.  
Los guardas à Filisberto  
dieron de este caso parte,  
el qual vino luego al punto,  
y conociendo à su madre,  
entre abrazos y entre llantos  
celebran sus glorias grandes.  
Mandó Rosaura que al punto  
al Rey de Irlanda llamasen  
y al gran Duque de Milán,  
porque conviene à las paces.  
Vinieron el Rey y el Duque,  
y ya Rosaura en su trage  
descubrió toda la historia,  
estando el Duque delante  
y la Princesa tambien,  
que conociendo el diamante,  
supo de cierto el engaño;  
y el Duque en todo constante,  
dándole mano de esposo,  
satisfizo à sus pesares.  
El Conde cobró el juicio,  
y entre alegrías muy grandes  
fue Filisberto el padrino  
de este desposorio grande.  
De todos estos sucesos  
dan noticia al Almirante,  
el qual gustoso embió  
parabienes de su parte  
y con muy ricos presentes  
Rosaura y el Conde parten  
con su hijo Filisberto  
à Barcelona, y tan grandes  
à su entrada son las fiestas,  
que en los escritos no caben.  
Y ahora pide el Poeta  
perdon de sus yerros grandes.